

dada la dirección del plantel á los "*Oblatos*," recién fundados por San Carlos, cuyo nombre llevan hasta el día. Permitid que os diga una palabra sobre este Instituto.

Muchas órdenes religiosas existían ya, muchas acababan de fundarse, entre otras la Compañía de Jesús por San Ignacio, y la Congregación del Oratorio por San Felipe Neri. A ambos institutos favoreció San Carlos, pero no le bastaban á las necesidades de su arquidiócesi. Como escribía á algunos que le manifestaban ser inútil una nueva fundación, era muy diverso el fin que se proponía al crear los Oblatos, y el de las otras asociaciones de clérigos regulares. "Estos (decía) sirven sólo á la Iglesia á que están adheridos; mis Oblatos irán adondequiera que las necesidades de mi diócesi lo exijan, y desempeñarán el ministerio dondequiera que la voluntad mía, ó del Arzobispo que entonces rija á Milán, les ordene." En efecto, aunque sin votos, los Oblatos se ligan de una manera especial al Prelado; viven bajo cierta regla, y con método verdaderamente monástico; pero si el Ordinario les manda dejar su tranquila mansión para ir á misionar en algún apartado valle, ó á gobernar alguna pobre parroquia en la nevosa cumbre de los Alpes, allí marchan, sea cual fuere su categoría, del mismo modo que á cantar en el coro de la Metropolitana ó á desempeñar empleos en la curia. ¡Dichoso el Obispo que pueda disponer de una falange animada de tan bellas disposiciones! La voz calurosa de San Carlos reunió en pocos días en derredor de sí más de doscientos sacerdotes, que hicieron de sus personas espontánea oblación, y en la casa que les cedió fundó otro seminario donde se formasen los levitas que quisieran dar su nombre al nuevo instituto.

### III

Hasta aquí hemos visto el acierto de San Carlos, por lo que toca á la educación científica y literaria suya propia y de su clero. Pero ésta de muy poco serviría si, llegado el momento de prueba, ni el Prelado ni sus sacerdotes desplegaran la caridad y virtudes eclesiásticas que á ministros del Altísimo conviene, y que debe ser el principal fruto de la educación del seminario. Voy, pues, á bosquejaros un cuadro harto lúgubre, que sirvió para hacer resplandecer el celo pastoral y la santidad del glorioso Arzobispo y la abnegación de su clero. Al hablaros de las dos pestes que desolaron á Milán, me serviré de apuntes que hace veintisiete años tomé en las fuentes originales; y aunque su estilo no corresponda al resto de mi discurso, prefiero dároslos tales cual los he hallado entre mis manuscritos, más bien que refundirlos malamente en el molde ya frío de mi memoria. Empiezo por la primera plaga que, si bien no fué la más terrible, es la que ha quedado más grabada en el pueblo milanés, quien la designa bajo el nombre de "peste de San Carlos."

Las costumbres de los milaneses estaban en extremo relajadas, y según nos dice el Bugati, se sirvió Dios mortificar algún tanto á la ciudad, y, como á un hijo amado, llevarla otra vez al buen camino por medio de un rigor paternal. Habiendo concurrido un gran número de gente



al Jubileo de Roma del año de 1575, este extraordinario concurso, como no pocas veces sucede, fué la causa de la epidemia, que apareció primero en los montes de Trento. Comunicóse de allí á Verona y á Mantua, y se dejó sentir en Milán hacia el fin de Julio de 1576. Las autoridades tomaron medidas fuertes para contener el mal; pero el horror que todos tenían á ser llevados al Lazareto, y la desobediencia que de aquí resultaba á las sabias providencias de la Junta de sanidad, hicieron que en breve cundiera por toda la población. El invierno había ya entrado, y viendo que el contagio aumentaba en lugar de disminuir, se ordenó una cuarentena general, durante la cual sólo se veían los médicos, los *monatos* ó sea los encargados de sepultar á los muertos y llevar á los enfermos al hospital, y los sacerdotes que, fieles á su ministerio, se ocupaban en administrar los sacramentos. Entre éstos sobresalía el caritativo Borromeo: los pocos momentos que se separaba del Lazareto, los empleaba en dar prudentes disposiciones, en animar á los eclesiásticos sus colaboradores, y en ir él mismo por las calles suministrando toda clase de auxilios y consolando á los desgraciados habitantes.

Todas las precauciones, empero, fueron inútiles; y el buen Cardenal, persuadido de que todos los recursos humanos eran infructuosos para calmar la ira divina, ordenó una procesión pública en que, descalzo y con una sogá al cuello, iba él mismo á la cabeza del clero y los restos del pueblo milanés. Llevaban los sacerdotes muchas reliquias insignes, y entre ellas uno de los clavos de donde pendiera un día nuestro Redentor; mas lejos de cortarla, el contacto de las personas hizo crecer la peste

rápidamente. No bastaba ya el Lazareto para contener el inmenso número de enfermos que, á pesar del estrago que la muerte causaba en ellos, se hacía mayor cada día. Varios hospitales compuestos de cabañas de madera se habían erigido junto á cada puerta de la ciudad. El espacioso recinto del Lazareto mayor estaba igualmente cubierto de estas cabañas; y los apestados, medio desnudos, yacían amontonados en ellas y aun debajo del inmenso claustro. “Era un espectáculo horrible, dice A. Martín,<sup>1</sup> el ver á esos desdichados, delirantes, con el rostro pálido y con paso incierto y tembloroso, huir aterrizados á la vista de sus semejantes, ó caer muertos al lado de un pariente ó un amigo, sin que éste, paralizado por el temor del contagio, se atreviese á auxiliarlos ó á cerrarles siquiera los ojos.” Estos fueron los primeros que experimentaron los efectos benéficos del celo del santo Arzobispo. Su presencia sola los consoló, é infundió un poco de calma en esa desventurada multitud. Su fervor se trasmitió á infinidad de eclesiásticos y de religiosos de ambos sexos, que arrostraron gustosos el peligro excitados por el noble ejemplo de su Pastor, y murieron en el hospital procurando salvar las vidas de su afligido rebaño. Mas no era solo en estos establecimientos donde brillaba la caridad del Borromeo; no era únicamente á los enfermos á los que aliviaba su paternal solicitud. Hizo erigir cruces y altares en todas las esquinas, donde diariamente se celebraba la misa; y, según la expresión de un testigo ocular, á pesar de la horrible calamidad que los oprimía, *la gran ciudad parecía la gran-*

<sup>1</sup> Vie de St. Charles Borromée.



*de Iglesia del Paraíso*, cuando á ciertas horas sonaba la campana, y todos los habitantes, en unión de su Santo Prelado, entonaban salmos é imploraban la misericordia del Señor. La Religión de este modo infundía valor en los ánimos vencidos ya por el terror, y al mismo tiempo que aumentaba su confianza en la Providencia Divina, los distraía un poco del mal que pesaba sobre sus cabezas. Pero el cuerpo no necesitaba de alivio menos que el espíritu. El Gobernador de la provincia, que era á la sazón el Marqués de Ayamonte, so pretexto de arreglar ciertos asuntos de Estado, había partido de Milán; y los nobles y ricos, que eran los que mejor podían socorrer á los pobres, habían seguido el mismo camino. La autoridad civil era impotente, y los desórdenes del pueblo causaban espantosos desastres. A todo proveyó el piadoso Cardenal. Vistió á los pobres, dejando su propio palacio desnudo de todo adorno, y suministró alimento, aunque escaso y venciendo mil obstáculos, á casi toda la población. Se ordenó otra cuarentena aun más rigurosa que la primera, en que sólo salían, como antes, los encargados de atender á las necesidades del pueblo; al paso que los numerosos guardias, y las horcas que en todas las plazas se alzaron, anunciaban á los desobedientes el terrible castigo que les aguardaba. "Triste cosa era ver, dice el continuador de Verri,<sup>1</sup> á una ciudad poco ha tan populosa y tan rica, tan floreciente y tan alegre, tan risueña y tan frecuentada, reducida en un momento á una asombrosa soledad." En vano en una segunda procesión alzaron los milaneses su voz y procuraron aplacar

<sup>1</sup> Storia di Milano, Vol. II.

la ira del Omnipotente. En vano el ilustre Borromeo lamentó, cual otro Jeremías, las desgracias del pueblo, y rogó á Dios por su grey. "*Quomodo sedet sola civitas plena populo?*" (fué el principio de su patético sermón). ¡Oh ciudad de Milán! (exclamó desde el púlpito donde en otro tiempo resonara la voz de San Ambrosio) tu grandeza se alzaba hasta el cielo, tus riquezas se extendían hasta los confines de la tierra; los hombres, los animales, las aves vivían y se nutrían de tu abundancia; concurrían de todas partes personas fatigadas á acogerse en sus sudores bajo tu sombra; acudían mil nobles y personajes ilustres á habitar en tus palacios, á gozar de tus comodidades y á residir dentro tus muros. Mas he aquí que de improviso fué abatida tu soberbia á despecho tuyo; te has vuelto de repente despreciable á los ojos del mundo; estás limitada á tus propias murallas, están encerradas en tus confines tus mercancías, tu abundancia, tu tráfico. Ya no hay quien venga á habitar contigo, á nutrirse con tus frutos, á proveerse de tus productos, á vestirse con tus telas, á reposar en tus lechos, á gozar de tus comodidades, y mucho menos á adornarse con tus invenciones de nuevas modas y á aprender de tí nuevas maneras de lujo: huyen de tí los grandes, huyen los pequeños; te abandonan todos, nobles y plebeyos. . . . . Tú, Milán, hambrienta, angustiada, has tenido necesidad de ser continuamente socorrida para vivir, por las ciudades, las villas, las aldeas circunvecinas; has quedado como fuera de tí, estupefacta, encantada; tan de improviso abatió la ira divina tu grandeza."

En tan triste estado permaneció la ciudad sumergida por el largo espacio de diez y ocho meses, habiendo per-



dido *diez y siete mil* de sus habitantes. Por cerca de seis meses se mantuvieron cincuenta mil personas á expensas del erario público; y el gasto que ocasionó este horrible desastre se calcula haber montado á un millon de *zecchini* (cerca de cinco millones de pesos).

Calmada la peste en la Metrópoli, más de cien pueblos se infectaron en derredor; de uno en otro, á todos voló el santo Cardenal, llevando consuelo y socorros, y llegó á tanto su celo, que quiso visitar aun ajenas diócesis, que se hallaban en mayor angustia que la propia. ¿Quién, al ver años atrás al joven Purpurado, sobrino del Pontífice reinante, rodeado de vistosa corte, circundado de célebres personajes, recitando en la Academia Vaticana eruditos discursos; quién habría podido prever tanta abnegación, tanto valor, tanta caridad? Pero al mismo tiempo que en las ciencias y en las letras, avanzaba en virtud y santidad, y acabamos de ver hasta qué grado supo llevarlas.

Réstanos examinar cuál fué la conducta del clero formado en sus seminarios, cuando ya el Santo no existía en medio de su grey. Me he extendido más de lo que al principio quería; pero creo, Señores, que hallándonos en un año de peste, y no sin peligro de que nos visite en el venidero, escucharéis sin fatiga la historia de los horrores que á otro pueblo afligieron, y de los actos de sublime heroísmo que presenció la consternada Milán.

## IV

Era sucesor de San Carlos así en el arzobispado de Milán, como en el nombre y en la dignidad cardenalicia, Federico Borromeo. Como aquél, se encontró éste en medio de una plaga aun más destructora y más terrible que la primera; como aquél, se mostró infatigable en el socorro de los apestados, y aunque menos popular que su santo primo, mereció ser llamado el *Padre de los pobres*. A los desastres de la peste se unieron una gran carestía el año anterior, y las devastaciones de las tropas Alemanas, por quienes fué aquella introducida en el Milanésado. Añádase la obstinación del pueblo en no dar fe á los médicos que les declaraban el peligro, y la frialdad con que las autoridades vieron este importante asunto. Sus providencias se redujeron á encerrar á los enfermos en el Lazareto, y á formar procesos contra los supuestos envenenadores que, según decía, propagaban la peste por medio de ciertos unguentos que esparcían por toda la ciudad. Las fiestas que se hicieron á consecuencia del nacimiento del primogénito del Rey de España, contribuyeron en gran manera á aumentar no sólo el contagio, sino la incredulidad acerca de su existencia. Ésta llegó á tanto, que á pesar de haberse declarado aquél en Octubre de 1629, no fué sino hasta Marzo del año siguiente cuando se comenzó á volver los



ojos hacia el mal que por cinco meses había estado diezmando la población. El Arzobispo, á su pesar, se vió obligado algún tiempo después á sacar en procesión el cuerpo de San Carlos; lo que hizo crecer rápidamente la epidemia, no sólo por la inmensa reunión de gente, sino por el descuido que ocasionó la confianza de que la procesión la haría cesar inmediatamente. Tanto aumentó el número de los contagiados que, según nos dice el médico Tadino, llegaron á contarse á un tiempo en el Lazareto *catorce mil y quinientos, quedándose muchas veces fuera centenares de ellos aguardando á que la muerte les hiciese algun lugar.* Según el mismo, hubo día que los muertos llegasen á tres mil y quinientos, y por mucho tiempo la mortandad diaria no bajó de mil doscientos. Inútil sería decir que Federico no descansaba. Había visto morir en derredor suyo á varios miembros de su familia; y sin embargo resistió á las instancias de las que procuraban obligarlo á retirarse del peligro. "Visitaba los Lazaretos, dice Manzoni, para consolar á los enfermos y animar á los que los asistían. Recorría la ciudad socorriendo á los infelices reclusos en sus casas, parándose á sus puertas y bajo de sus ventanas para oír sus lamentos, para darles palabras de consuelo y de aliento. Se metió y vivió en medio del contagio, admirándose él mismo, al último, de haber salido ileso." Mucho se distinguió también el ilustre capuchino Casati, á quien fué entregado el gobierno del Lazareto por algunos meses, y que con su energía y las amplias facultades que se le concedieron, consiguió poner freno á los desórdenes que allí se cometían. Más de cien mil personas estuvieron bajo su jurisdicción en aquella época de padecimientos,

que destruyó, según el cómputo más moderado, ciento cuarenta mil vidas de ciudadanos milaneses. La peste estaba tan arraigada, que no llegó á quedar la ciudad enteramente sana sino hasta después de dos años, en 1632. Muchos ejemplos de caridad se vieron durante ese tiempo en infinidad de personas de todas categorías y edades, pero principalmente en el clero. "Donde resplandeció más y con mayor generalidad, dice el ya citado autor de *I Promessi Sposi*, el exacto cumplimiento de las difíciles obligaciones que imponían las circunstancias, fué en los eclesiásticos. Los Lazaretos y la ciudad jamás carecieron de su asistencia. En donde había aflicciones, allí se hallaban; siempre se vieron mezclados con los enfermos y con los moribundos, estando muchas veces enfermos y moribundos ellos mismos. Con los auxilios espirituales suministraban, según sus medios, los temporales, haciendo todos los servicios que se exigían de ellos. Más de setenta párrocos de la ciudad murieron de peste; es decir, de cada nueve, ocho."



## V

Mi objeto ha sido tan sólo presentaros á San Carlos como educador del clero; jamás acabaría si os hablara de sus virtudes privadas, de su humildad, que lo hizo trocar el blasón de sus abuelos por la palabra *Humilitas*, que adoptó por armas; de su castidad, que aun antes de su ordenación obtuvo en rudos combates señaladas victorias; de su penitencia, que fué preciso que el Sumo Pontífice lo obligara á moderar; de su paciencia en medio de las persecuciones y calumnias, de su invicta fortaleza, de su espíritu de oración, de su mansedumbre y de su prudencia. Réstame suplicar al insigne Santo, á quien hace tiempo profeso singular devoción, y cuya imagen adorna constantemente mi sala, que se digne extender á esta ciudad y diócesi la protección que vivo y muerto dispensara á su querida Milán. Siempre que en este Seminario he dirigido la palabra, ya al clero congregado en ejercicios espirituales, ya al público reunido en las distribuciones de premios, me he quejado de la falta de operarios, y he implorado el auxilio del auditorio para que crezca en este plantel el número de alumnos con vocación eclesiástica. Cansado de pedir en vano el socorro de los hombres, hoy me vuelvo al ángel de la

Iglesia de Milán, suplicándole que en memoria del tercer centenario de su tránsito al cielo, aumente en esta diócesi, que con tanto ardor lo celebra, las vocaciones que tanta falta nos hacen para el cultivo de la viña del Señor.

